formal y extendida seria ridícula), *debe ser mucho mas adornado, pomposo y brillante que en las judiciales y deliberativas*. La razon es que estos discursos se dirigen mas á deleitar á los oyentes que á instruirlos ó convencerlos, y no hay comunmente preocupaciones que desvanecer, ni necesidad de ganar los ánimos del auditorio; pues la curiosidad que le ha traido, basta por sí sola para que escuche al orador con atencion y docilidad. Sin embargo los adornos que deben engalanar el exordio, han de ser naturales y de buen gusto, no afectados ni demasiado relumbrantes. El exordio en las invectivas, ya contra las personas, ya contra los vicios, puede ser patético ó *ex-abrupto*, siempre que las circunstancias hagan legítimo y verosímil este movimiento extraordinario, como se ve en la oracion de Tulio *contra Pison* y en la segunda *Filípica*.

La proposicion suele omitirse, ó se enuncia tan concisamente, que no puede mirarse como parte considerable del discurso. No obstante está bastante introducida la costumbre de hacer divisiones y subdivisiones formales en las oraciones panegíricas. Yo, siguiendo en esta parte el dictámen de Fenelon, aconsejaria que no se hiciesen, porque rara vez son necesarias. Si alguna lo fueren, seguirán las reglas generales.

La confirmacion solo puede ser contenciosa en los panegíricos cuando los hechos son dudosos ó increibles, ó cuando alguno ha querido atribuir la gloria á otra persona; pero este caso es muy raro, porque los elogios recaen ordinariamente sobre hazañas incontestables y cuyo autor es conocido. Solo pues se necesita amplificarlas, esto es, hacer ver con toda la energía posible su grandeza, la utilidad que han producido, la gloria que de ellas debe resultar á su autor, etc., etc. Esto puede hacerse, ó recorriendo por órden cronológico la vida entera del héroe, en cuyo caso el panegírico se llama *analítico;* ó escogiendo una ó mas de sus virtudes, y refiriendo á ellas como pruebas sus principales hechos, á cuya forma dan el nombre de panegírico *sintético*. En ambos casos las hazañas que han de celebrarse, pueden referirse en una narracion seguida como las judiciales, con la diferencia de que debe ser mas adornada y pintoresca, ó interrumpiéndola con la amplificacion de cada hecho particular. Sin embargo la narracion seguida parece mas propia de los sintéticos, y la interrumpida de los analíticos.

Para epílogo basta por lo comun *una recapitulacion enérgica de los hechos*, para que así amontonados parezcan en

cierto modo mas de bulto y hagan mas impresion. Tambien parece que el elogio y la invectiva pueden concluirse oportunamente *con una exhortacion á los oyentes*, para que practiquen las virtudes que se han celebrado, ó huyan de los vicios cuya deformidad acaban de ver. En el panegírico, *ademas de exhortar á la imitacion del héroe*, podrá añadirse alguna vez *un breve elogio del cuerpo ó profesion á que este pertenezca, ó si ya ha muerto, del que le haya sucedido en el empleo*.

LIBRO II.

COMPOSICIONES HISTÓRICAS, DIDÁCTICAS Y EPISTOLARES.

Habiendo reunido en un solo libro estos tres géneros de obras, porque sus reglas no exigen ser explicadas con tanta extension como las de la oratoria, le dividiré sin embargo para mayor claridad en tres capítulos, cada uno de los cuales contendrá lo mas necesario de saberse sobre estas tres clases de escritos.

CAPITULO PRIMERO.

OBRAS HISTÓRICAS.

Comprendiéndose bajo este título las obras en que se cuentan algunos hechos ó sucesos, pudiendo ser estos ó verdaderos ó fingidos, y siendo diferentes en ambos casos las reglas para su composicion; se hace necesario exponer separadamente las de la historia verdadera y las de la ficticia.

ARTÍCULO PRIMERO.

Historia verdadera.

Entendiéndose por historia verdadera *la narracion de sucesos pasados, hecha para instruccion de los hombres actuales y venideros*, es claro que de su misma naturaleza y del fin con que se escribe, debemos deducir las reglas para su composicion. Mas como de estas unas son relativas á las cualidades que exige en el que haya de escribirla, y otras á la composicion en sí misma, las propondré con separacion.

NUMERO 1.°

Cualidades de un historiador.

Si la historia es el recuerdo de los hechos y sucesos pasados para instruccion de las generaciones posteriores á ellos, es evidente que el historiador debe ante todas cosas, estar bien instruido de aquellos que intenta referir, y de cuanto sea necesario para darlos á conocer completamente; que en segundo lugar, los ha de presentar tales como pasaron, sin tomarse la libertad de desfigurarlos; que en tercer lugar, debe contar aquellos solamente de cuya noticia puede resultar alguna utilidad, eligiéndolos entre todos los que abraze el período de tiempo cuya historia se propone escribir; y finalmente, que pues la instruccion que la historia ha de suministrar al género humano, debe ser relativa á la conducta de los particulares y al gobierno de los pueblos, es necesario que el autor profese en toda su obra buena moral y sana política, sin destruir con máximas erradas sobre uno ú otro punto el fruto que de su escrito deberian sacar los lectores. Resulta pues, que segun estos principios las calidades de un historiador pueden reducirse á cuatro, instruccion, fidelidad (1), discernimiento y moralidad (2). Diré brevemente en qué consisten, y qué obligaciones imponen al historiador.

Instruccion.

Consistiendo esta en que el historiador esté enterado muy á fondo de los hechos que ha de referir, y de todo lo que sea necesario para darlos á conocer completamente, es claro que deberá saber, 1.° la geografía del país ó países en que pasaron aquellos hechos ; 2.° todas las circunstancias de personas, lugares y tiempos; sus motivos ó causas y los efectos que produjeron : 3.° el estado político de la nacion ó naciones que en ellos intervinieron, ó á las cuales se extendió su influencia; la forma de su gobierno, su legislacion, rentas, comercio, fuer-

1. No conozco historiador antiguo ni moderno, nacionalni extrangero que en *bagatela* semejante se haya detenido. Unos dominados por el temor de la persecucion, otros por la mas baja y rastrera adulacion, todos han quebrantado el precepto con el mayor descaro.

2. En punto á *moralidad* inutil fuera buscarla en las historias ni en los historiadores conocidos. No insistiré sobre este punto porque ya nos dice el autor mas adelante (pág. 333), « que no sabe si hay algun historiador enteramente exento de censura *en esta parte*. »

zas militares, usos y costumbres, estado de civilizacion, carácter y genio de sus habitantes, etc.; y 4.° sobre todo, la naturaleza humana en sí misma; porque sin estos conocimientos no podrá juzgar con acierto de los hechos ni descubrir sus causas, ni graduar sus resultados.

1.° La instruccion en la geografía le es absolutamente necesariá, para que acaso no le suceda lo que á un mal historiador, que por ignorarla trasladó desde la Siria á la Mesopotamia la ciudad de Samosata con sus murallas y ciudadela, como dice graciosamente Luciano. Y aun seria bueno ademas, que el historiador no se contentase con las noticias geográficas que pueden suministrar los libros y los mapas, sino que viajase él mismo por los países que fueron teatro de los hechos que cuenta, y que por este medio adquiriese cabal noticia de su topografía, para describir con exactitud, cuando sea necesario, algun paraje, y apreciar en su justo valor las dificultades que el terreno opuso á las empresas militares y á las marchas de los ejércitos. Ya se deja conocer que esto seria imposible, si emprendiese una historia universal, y muy difícil si hubiese de escribir la de una gran parte del globo, como la de América. En tales casos puede contentarse con las noticias de los libros.

2.° Es igualmente claro que ántes de tomar la pluma, debe hacer un grande acopio de materiales, consultando los documentos mas fidedignos, cotejando y comparando con crítica las diversas relaciones publicadas é inéditas, en que se hallen consignados los hechos que ha de escribir, fijando sus datas con toda exactitud, y no dejando nada incierto, si ser puede, en cuanto á sus circunstancias. Sobre todo, al tiempo de coordinarlos y presentarlos, es necesario que por el órden mismo haga ver sus causas, su mutuo enlace, el encadenamiento secreto de circunstancias y hechos anteriores que los prepararon, y el influjo que cada uno de ellos tuvo en los que se le siguieron. En esto consiste precisamente lo que se llama la filosofía de la historia, y en esto se diferencia de los meros compiladores el verdadero historiador.

3.° Le es necesario, como he dicho, un gran conocimiento de la política, de la ciencia del gobierno, y de lo que se llama *estadística* de las naciones. Sin esta instruccion no podrá formarse ideas claras de la fuerza, riqueza y poder de aquellas cuya historia escribe, y de las otras que hayan tenido con ella algun punto de contacto; ni señalar las causas de sus revoluciones, ni determinar sus relaciones particulares y sus respec-

tivos intereses. Cuando se exige del historiador esta profunda instruccion en materias de política y de gobierno, no se quiere decir que luego al escribir, haya de interrumpir á cada paso la narracion, para hacer disertaciones filosóficas y dar lecciones de política. Al contrario, un buen historiador no debe hacer otra cosa que suministrar á sus lectores oportunamente, y cuando la narracion misma lo exija, los datos necesarios para la cabal inteligencia de su asunto, dándoles á conocer la constitucion, y estado político y comercial de los países de que trata, y sus mutuas relaciones. Mas luego que les ha puesto en la mano los materiales necesarios, para que ellos puedan juzgar por sí mismos, no debe prodigar sus propias opiniones, ni entrar en largos razonamientos. Y si alguna vez le fuere necesario entablar una discusion formal, para fijar la verdad sobre puntos dudosos, ó hacer observaciones sobre algun acaecimiento singular y de extraordinario influjo, ha de poner mucho cuidado en no reproducir muy á menudo semejantes discusiones y comentarios.

4.° Ademas de los conocimientos políticos, debe haber estudiado muy á fondo el corazon humano. Sin esto, ni podrá discurrir sobre la conducta y carácter de sus personajes, ni atinará con los secretos resortes que les hicieron obrar de tal ó tal modo, en tales y tales circunstancias. Estos secretos móviles son las pasiones, y mal podria descubrirlos el que no haya estudiado la naturaleza del hombre, y penetrado en los mas íntimos repliegues de su corazon. En esta parte ningun historiador antiguo ni moderno es comparable con Tácito. Ninguno ha conocido tan bien al hombre, ninguno ha presentado una copia tan fiel de la naturaleza humana.

Fidelidad.

Bajo esta cualidad genérica se comprenden otras muchas que indicaré sumariamente, porque la sola indicacion bastará, para que se conozca, cuán necesarias son en un historiador.

1.ª *Veracidad.* Pues que la historia no es una fábula compuesta con solo el designio de agradar, y que hable á la imaginacion y á las pasiones, sino una instruccion séria que habla con el entendimiento y la razon, es claro que el historiador, solo no ha de fingir ningun hecho (1), pero ni aun ha de

(1) de Chile escrita por el francés Don *Claudio Gay*, raro es el he-

añadir á los verdadoros alguna circunstancia que los haga mas interesantes, y les dé, por decirlo así, un colorido poético. El no tomarse semejantes libertades, es mas difícil de lo que parece, porque, como ya observó juiciosamente Ciceron, todos los hombres somos inclinados á añadir, cuando contamos un suceso, alguna cosa que le dé realce, particularmente si es favorable y grato á aquellos á quienes se le contamos.

2.ª *Exactitud.* Por la misma razon es evidente que tampoco ha de arrogarse el derecho de omitir alguna circunstancia importante, ó para disminuir la gravedad de las acciones vergonzosas y criminales, ó para menoscabar el mérito de las ilustres y virtuosas.

3.ª *Imparcialidad.* Excusado parecia recomendar esta calidad á los historiadores. Todo el que aspire á merecer este título, debe saber que desde que toma la pluma para escribir la historia, deja de ser griego ó romano, español ó frances, güelfo ó gibelino, y se trasforma en un maestro del género humano, superior á todo espíritu de partido y á toda querencia de patria, familia, profesion, etc. Sin embargo, rarísimos son hasta ahora los historiadores verdaderamente imparciales. Algunos por aparentar que lo eran, dieron en el extremo opuesto, y huyendo de parecer afectos á su patria, casi se declararon sus enemigos; y poquísimos son los que no han torcido los hechos para hacer triunfar al pueblo, partido, faccion ó cuerpo predilecto, ó á lo ménos para acomodarlos á sus opiniones personales.

4.ª *Incorruptibilidad* y *libertad.* Estas son condiciones necesarias para poder ser imparcial. El hombre que por avaricia ó ambicion sea capaz de desfigurar los hechos, para adular á algun poderoso, ó granjearse el favor de cualquier gobierno, partido, secta ó corporacion, ó que por miedo no tenga valor para decir la verdad toda entera; renuncie al honroso título de historiador, es decir, de preceptor de los hombres. Estas calidades se refieren particularmente al que escribe la historia de su tiempo. Y como es tan difícil que un particular pueda desentenderse de toda mira de interes personal, y arrostre las persecuciones ó disgustos que puede acarrearle su franqueza, de ahí es que las historias que se escriben en la época misma de los acontecimientos, no son por lo comun completamente

que no sea tan falso como el hacer *francés á Colon* diciendo con la ligereza propia de tal autor, que el S.r *Guibeza*, antiguo prefecto de la Córcega, habia descubierto en Calví la fé de bautismo del inmortal marino. ¡Qué mentir tan descarado!...

imparciales. Ser justo con los muertos, no es empresa muy ardua; para serlo con los vivos, es necesario un esfuerzo extraordinario.

5.ª *Candor*. Este consiste en que el historiador, ó por aparentar imparcialidad, ó por mostrarse sagaz, no preste acaso á los personajes de su historia miras secretas ó refinamientos de maldad, de que tal vez estuvieron muy distantes. Es menester no ver en los hechos mas de lo que realmente hay, ni prestar á los hombres mas malicia de la que tienen; como al contrario, es preciso no creer en sus aparentes protestas de rectitud y de amor al bien público, sobre todo cuando no estan muy de acuerdo con su conducta ó con sus intereses. Estos son siempre los que los mueven, y por ellos debemos juzgar de su intencion, no por sus palabras.

Discernimiento.

Una de las cosas que hacen mas difícil escribir la historia, es la multitud de hechos que el país mas limitado presenta en una época determinada, por corta que esta sea. Un Estado se compone de varias provincias subdivididas en distritos, cada uno de estos comprende mas ó ménos poblaciones, cada poblacion tiene cierto número de familias, y cada una de estas cuenta algunos individuos. Querer pues dar razon de todo lo que en la época escogida hizo la nacion entera, y cada provincia, cada distrito, cada poblacion, cada familia, cada individuo; sobre ser materialmente imposible saberlo, seria el mayor absurdo. La historia es una leccion útil dada á todo el género humano; y así no debe contener mas hechos que los que presenten cierto interes general, y cuyo conocimiento pueda ser de alguna utilidad. Hechos sueltos que no han influido ni en bien ni en mal sobre la suerte de las naciones, podrán ser objeto de curiosidad; pero nunca serán parte legítima de una historia verdaderamente filosófica. Si con arreglo á este principio se refundiesen ahora todas las que existen, ¡á cuán poco quedarian reducidas algunas muy voluminosas! Así el discernimiento del historiador consiste en saber distinguir y escoger entre la multitud de materiales que tiene á la mano, los que sean dignos de entrar en su obra, y esta eleccion no es tan fácil como pudiera creerse. En las historias de un solo suceso de corta duracion no es muy difícil, pero en las generales que abrazan tantos siglos y tanta multitud de acontecimientos, es sumamente dificultosa, y el saber hacerla, uno de los mayores méritos del historiador.

Moralidad.

Debiendo escribirse la historia para instruccion del género humano, es innegable que en toda ella han de reinar una sana moral y una política justa. El historiador, tanto en la narracion de los hechos como en la descripcion de los caractéres, se ha de mostrar partidario zeloso de la virtud y de la justicia. No quiere decir esto que á cada paso, ni nunca, haya de romper el hilo de la historia, para dar lecciones formales de moral; ni que haya de predicar la virtud, como un misionero, ni que á cada accion que cuente añada, como algunos hacen, frias y triviales moralidades que al lector se le ocurren fácilmente; sino que en el modo mismo de contar los hechos, ha de mostrar siempre amor á la virtud é indignacion contra el vicio, y que nunca ha de aprobar una accion injusta, ni excusar, y mucho ménos alabar, la política de los gobiernos, cuando no está fundada en la moral. No sé si hay algun historiador enteramente exento de censura en esta parte.

NÚMERO 2.º

Reglas de las composiciones históricas consideradas en sí mismas.

En cualquiera historia es necesario distinguir, 1.º el plan, 2.º el modo de contar los hechos, ó la narracion, 3.º los retratos que el autor hace ó puede hacer de algunos personajes, 4.º las arengas ó discursos que pone en su boca ó refiere sustancialmente, 5.º las reflexiones que hace sobre los hechos que cuenta.

Plan.

Las composiciones históricas son de varias clases. Hay historias generales y particulares, hay anales, memorias y vidas. *Historias generales* son la de una nacion, provincia ó ciudad en toda la duracion de su existencia, como *la de Roma* por Tito Livio, y *la de España* por Mariana. *Particulares* las de algun suceso parcial, como *la guerra del Peloponeso* por Tucídides, *la conjuracion de Catilina* por Salustio. Por *anales* se entiende la relacion de los sucesos memorables acaecidos durante un período de tiempo, mas ó ménos largo, dis-

puesta por órden cronológico y año por año. Se da el nombre de *memorias* á una composicion, en que el autor se propone dar cuenta, no de todos los hechos verificados en el período que abrazan las memorias, sino de aquellos solamente en que él mismo ha intervenido, ó que solo él ha estado en situacion de conocer circunstanciadamente. Las *vidas* son historias particulares, no de un suceso, sino de algun personaje. Cada una de estas formas pide diverso plan.

Los anales y las memorias, que mas bien pueden llamarse materiales para la historia que historias formales, piden que se siga rigurosamente el órden cronológico, y son como trozos sueltos. Las vidas, pues que cada una forma un verdadero todo, una historia completa, son susceptibles de cierta unidad. Aunque abrazan todas las acciones memorables del héroe y todos los sucesos en que tuvo alguna parte, como por estos medios llegó aquel al último estado de elevacion ó abatimiento, de prosperidad ó desgracia en que terminó su vida; se ve que refiriéndolos todos á este último término, y haciendo sentir el encadenamiento oculto por el cual unos acontecimientos, que parecen independientes, le condujeron á aquel punto de grandeza ó humillacion en que acabó su carrera; puede y debe el historiodar presentar un cuadro completo, que aunque compuesto de muchas partes, sea verdadera y rigurosamente uno. Esto es lo que no siempre han observado los biógrafos. Los mas de ellos presentan los hechos tan desunidos, que apénas podemos descubrir la influencia que cada uno de ellos tuvo en la suerte final del personaje, y parecen mas bien apuntaciones para escribir su historia, que la noticia formal de su vida puesta ya en órden y arreglada. Las historias particulares son mas susceptibles de esta unidad de plan; y faltaria groseramente á este gran principio de la unidad, tan necesario de observarse en toda composicion literaria, el historiador que limitándose á un solo suceso memorable, no acertase á reunir y enlazar todos los hechos subalternos de que se compone, de modo que formen un solo todo.

Mas difícil es dar esta unidad á una historia universal, y tanto mas, cuanto mas tiempo comprenda y se extienda á mas pueblos. Sin embargo tambien estas pueden y deben ser en cierto modo unas, aun abrazando muchos siglos y tanta multitud de hechos, al parecer inconexos. Para esto es menester que el autor se proponga siempre como centro, en el cual vengan á reunirse todos los sucesos que refiere, el último estado de poder ó decadencia, de ilustracion ó barbarie, á que vino ó vinieron á parar la nacion ó naciones de que está tratando. La historia entera del linaje humano puede hacerse una, si se saben encadenar sus diversas épocas y todas las revoluciones particulares de los pueblos, de manera que se vea por qué grados y por qué serie de causas las familias primitivas, dispersadas en Babel, se fueron sucesiva y gradualmente reuniendo en pequeñas sociedades; cómo estas se fueron incorporando unas con otras y formaron Estados muy populosos; cómo estos se desunieron despues, y formaron naciones mas limitadas; cómo y por qué combinacion feliz de circunstancias algunos pueblos llegaron en ciertas épocas á un alto grado de civilizacion; cómo luego por un concurso de acontecimientos fatales decayeron de aquel punto de saber y cultura; y cómo esta renació, se aumentó, se extendió y ha llegado al estado en que hoy la vemos. Este es el modo único de dar interes á la historia y de hacerla útil. Saber lo que ha pasado, por solo saberlo, puede servir de pasatiempo; pero si á este se ha de juntar la utilidad, es menester que lo pasado nos instruya para lo venidero; y esto solo puede conseguirse, si se nos hace ver, cómo ha influido en nuestra suerte actual buena ó mala. Si es buena, para que fomentemos las causas de nuestra prosperidad; si es mala, para que evitemos los errores que á ella nos han conducido. Para saber coordinar una grande historia de este modo filosófico é instructivo, se necesita mucho talento.

Narracion.

A cuatro pueden reducirse las dotes de toda narracion histórica, cualquiera que sea la clase y forma de la composicion, es decir, ya la historia sea general ó particular, ya la vida de un solo personaje, y ya se escriba en forma de anales ó de memorias. Estas dotes son *claridad*, *brevedad*, *ornato*, *dignidad*.

La claridad consiste en que *los hechos se refieran con órden, y de modo que se vea su conexion*. Para conseguirlo es menester que el historiador siga el órden de tiempo, sin equivocar ni fechas ni lugares, ni otras circunstancias que sea conveniente distinguir; que no nos lleve repentinamente de un país á otro, que no interrumpa la relacion de un hecho para intercalar la de otros totalmente inconexos, que no corte el hilo con inoportunas ó inútiles digresiones, que pase de un

acontecimiento á otro con naturalidad, fundando la transicion, no en razones de conexion vagas y arbitrarias, sino en la dependencia misma de los hechos; y sobre todo que halle medio de formar una sola cadena de tanta multitud de sucesos, al parecer incoherentes. Para esto es menester no poca habilidad y destreza: es preciso que el historiador domine enteramente la materia, y sea capaz de verla toda desde un solo punto de vista.

La brevedad exige que el historiador *pase rápidamente por los sucesos poco interesantes;* y hasta en los que sean de mayor consideracion por sí mismos, ó mas fecundos en consecuencias, debe omitir las circunstancias inútiles, escoger las mas relevantes y presentarlas por el lado mas luminoso. Unas pocas circunstancias notables bien escogidas nos pondrán á la vista los hechos, mucho mejor que la enumeracion individual de todas sin dejar una, porque entre ellas siempre hay algunas de poca ó ninguna importancia, que el lector adivinará y suplirá fácilmente aun cuando no se le indiquen. Esta feliz eleccion de las circunstancias es lo que se llama *pintura histórica;* parte en la cual ningun historiador moderno ha igualado á los antiguos, particularmente á los cuatro latinos César, Salustio, Livio y Tácito.

La historia admite el ornato y la elegancia en un grado bastante elevado; pero los adornos con que quiere ser engalanada, han de ser de buen gusto y sólidos, no falsos relumbrones ni vana hojarasca. La simple narracion ha de ser rápida; las descripciones y pinturas animadas y vivas; aquella pide cláusulas cortas y sueltas; estas las admiten largas y periódicas, porque el que describe ó pinta, puede reunir mas ideas en un solo grupo que el que narra sencillamente. Todas las gracias de la elocucion, todas las formas oratorias, un lenguaje figurado hasta cierto punto, y un estilo bastante armonioso pueden encontrar su lugar en la historia, señaladamente en las arengas; si se sabe distribuir todo esto con economía y oportunidad, y si estos atavíos son naturales y no buscados con demasiado estudio.

La dignidad, que es su carácter esencial, *es incompatible con los adornos frívolos, la excesiva brillantez, las sutilezas, los juegos de palabras y los conceptos epigramáticos.* El estilo de la historia no ha de ser vulgar, las expresiones no han de ser bajas, y en ella no vienen bien agudezas, chistes ni chocarrerías. Un estilo burlesco, jocoso y satírico que hiciese

reir, es incompatible con la gravedad de la historia. El que la escriba, debe sostener siempre el carácter de un sabio que habla con la posteridad, y nunca ha de hacer el papel de gracioso ó de bufon. No quiere esto decir que el historiador no pueda variar alguna vez el tono de seriedad, que debe ser el dominante, para hacer sentir, si conviene, las miserias, debilidades, y aun ridiculeces, que suelen andar mezcladas con las cualidades mas nobles y heróicas en el carácter y la conducta de algunos personajes. Pero no debe abusar de esta libertad; y cuando crea útil dar á conocer alguna anécdota satírica haria mejor, dice Blair, en ponerla por nota, que en introducirla en el cuerpo de la obra, exponiéndose á ser demasiado familiar.

Retratos.

Es preciso, dice muy bien Condillac, pintar á los hombres por sus acciones, no de imaginacion; porque los retratos no son interesantes, sino en cuanto son parecidos, y es menester mucho juicio para hacer uno que lo sea. Sin embargo la mayor parte de los que se precian de sobresalir en este género, tienen á lo mas lo que malamente se llama *ingenio.* Andan á caza de *antítesis*, ponen en prensa sus entendimientos para hallar distinciones demasiado sutiles, no piensan mas que en hacer lindas frases, y la única cosa de que no cuidan, es de que su retrato sea el de la persona retratada.

Los retratos, dice Blair, son uno de los mas espléndidos, y al mismo tiempo mas difíciles adornos de la composicion histórica, porque se consideran generalmente como lo mas delicado de la obra; y un historiador que busca el lucimiento, se expone con frecuencia á dejarse llevar de un refinamiento excesivo, por el deseo de mostrarse muy profundo y penetrante. Para esto amontona tantos y tan sutiles contrastes de calidades, que en lugar de caracterizar al personaje, solo consigue deslumbrarnos con expresiones relumbrantes.

Por las juiciosas observaciones de estos dos críticos, y las razones en que se fundan, yo aconsejaria á cualquiera que hubiese de escribir una historia, que no se pusiese nunca en el empeño de hacer retratos formales y extendidos. Los historiadores griegos, como nota Blair, hacen á veces elogios, pero no retratos completos. Tácito tampoco los tiene en el sentido riguroso que en literatura se da á esta palabra, es decir, que no enumera y reune en un solo cuadro todas las cualidades mo-

rales y políticas de algun personaje: lo que hace es dar algunas pinceladas vigorosas, para que se vea su carácter dominante. Y los tan alabados de Salustio no son ciertamente lo mejor de su historia, porque tienen mucho de arbitrarios. En efecto es muy difícil que al hacer el retrato completo de alguno, el autor no sustituya su propia imaginacion á la fisonomía del retratado. Los personajes históricos, igualmente que los dramáticos, se han de pintar á sí mismos por sus acciones y conducta, y no los ha de dibujar la pluma del escritor.

Arengas.

Los historiadores griegos desde Heródoto, y los latinos sus imitadores, insertaron en sus obras ciertas arengas, que suponen fueron pronunciadas por algunos personajes en circunstancias importantes; y ó las refieren textualmente, ó dan un breve resúmen de su contenido. Las primeras se llaman arengas *directas*, las segundas *indirectas*. Algunos modernos, copiando demasiado servilmente á los antiguos, han introducido tambien en sus obras estos retazos oratorios bajo ambas formas. Y como algunas veces son intempestivos, y otras conocidamente fingidos, porque los personajes á quienes se atribuyen, no pronunciaron ni el discurso que el historiador les supone, ni otro parecido; se ha suscitado la cuestion de si tales arengas son ó no adorno legítimo de la historia. Unos las reprueban, otros las defienden, y la disputa está todavía por decidir. Sin embargo, distinguiendo los tiempos y las diversas formas de gobierno de los diferentes pueblos cuya historia haya de escribirse, es fácil resolver la cuestion, y dar reglas seguras para introducir ó no arengas en una composicion histórica.

En los gobiernos en que no hay juntas deliberantes, y en los cuales todas las resoluciones emanan de la autoridad suprema y del solo gabinete, seria ridículo introducir oradores que en discursos formales aconsejen ó disuadan tal ó cual empresa, ó la adopcion de tal ó cual providencia. Mas en aquellos gobiernos en que ó el pueblo entero, ó una junta de sus representantes, ó ciertos cuerpos colegiados deliberan sobre los negocios públicos, y en los cuales es necesario que se arengue al cuerpo deliberante, ya para aconsejarle que tome tal resolucion, ya para demostrarle sus inconvenientes; nadie culpara al historiador, porque refiriendo estos debates, recapitule lo

que en cada ocasion se haya dicho por ambas partes, ó inserte los discursos mismos que se pronunciaron; pero en este caso es menester distinguir de tiempos. Si se trata de juntas deliberantes posteriores al descubrimiento de la imprenta, como por medio de esta las actas de las deliberaciones se hallan consignadas en los periódicos ó en otras memorias coetáneas, el historiador está obligado, para no faltar á la verdad, á dar un simple resúmen de lo que en ellas se dijo, ó si quiere referir los discursos mismos, á copiarlos textualmente, ya enteros, ya sus pasajes mas notables. Pero si se trata de gobiernos deliberantes anteriores á la imprenta, de los cuales es tan difícil encontrar registros auténticos que hayan conservado las literales discusiones; el historiador puede suplirlas, poniendo en boca de los respectivos oradores, sino sus palabras mismas, lo que verosímilmente debieron decir atendidas las circunstancias. Esto es cabalmente lo que hicieron los historiadores antiguos; y se engañan mucho los que creen que sus arengas son enteramente fingidas. Escriben la historia de unos pueblos, en los cuales todo se hacia con arengas, se encuentran en su narracion con hechos en que necesariamente debieron intervenir, y á falta de copias literales de las que se pronunciaron, dan las que á su parecer se acercan mas á las verdaderas. No veo porqué se les ha de censurar en esta parte. Quizá alguna vez habrán hecho hablar á un personaje en ocasion en que él no habló: yo lo dudo; pero aun suponiéndolo, este caso será rarísimo. En Tucídides, que es el historiador que tiene mas arengas, no hay una sola puesta en boca de un personaje que no pronunciase entónces un discurso delante de la junta, á quien la arenga se supone dirigida; y si no dijo literalmente el que Tucídides le presta, debió de decir uno sustancialmente parecido. El mismo historiador nos dice, que puso el mayor cuidado en que sus arengas se acercasen todo lo posible á las que fueron realmente pronunciadas.

Por otra parte las arengas de los antiguos tienen la gran ventaja de que en ellas el historiador, sin mostrarse y sin que parezca que lo intenta, nos da noticias muy preciosas sobre la política de aquellos antiguos Estados, sobre los secretos móviles de su conducta, sobre los intereses de los diferentes partidos, y sobre otros objetos no ménos interesantes; noticias que con dificultad hubiera podido interpolar en la narracion, sin interrumpirla intempestivamente y con demasiada frecuencia. Sin embargo, como en todo puede haber exceso, no tendré difi-